

CAPÍTULO I

DIVINOS ANHELOS

El anhelo modela en barro lo que la vida esculpe en mármol. LOWELL.

Todo legítimo anhelo recibe su bendición.
Si vives de modo que merezcas lo verdaderamente esencial para tu existencia, *vendrá en cuanto lo llames*. ELLA WHEELER WILCOX.

El alma edifica lo que se le ha enseñado a esperar.

Los anhelos de nuestro corazón y las aspiraciones de nuestra alma son algo más que sueños vanos o quimeras de la fantasía, puesto que, en verdad, son vaticinios, predicciones, heraldos y mensajeros de futuras realidades. Indican nuestra potencialidad anímica y miden la alteza de nuestro propósito y la categoría de nuestro valor moral.

Lo que ardientemente anhelamos, y en conseguirlo ponemos todo nuestro esfuerzo, se convierte, tarde o temprano, en realidad. Nuestros ideales son el boceto de futuras acciones, la esencia de lo que esperamos.

El escultor sabe que su ideal no es quimera de su fantasía, sino pronóstico de lo que esculpirá en el mármol.

En cuanto empezamos a desear una cosa con todo el anhelo de nuestro corazón, nos relacionamos con ella según la intensidad y perseverancia de nuestro anhelo y el inteligente esfuerzo para conseguirla. El inconveniente está en que nos apegamos demasiado a la materialidad de la vida, sin atender lo suficiente a su idealidad, cuando debiéramos aprender a vivir mentalmente en el ideal cuya realización anhelamos. Por ejemplo, si queremos mantener joven nuestro espíritu hemos de vivir en estado mental de juventud, y si queremos ser bellos, en el de belleza.

La ventaja de vivir en el ideal es que con ello eliminamos toda imperfección física, mental y moral, sin que podamos imaginarnos la vejez, porque la vejez equivale a insuficiencia y decaimiento, incompatibles con el ideal.

En el ideal todo es juvenil y bello, sin la más mínima sugestión de vejez y fealdad, y por tanto, la costumbre de vivir en el ideal nos será de maravilloso auxilio al darnos un perpetuo dechado de la perfección que nos esforzamos en alcanzar e infundirnos fe y esperanza en nuestro ulterior destino, cuya realidad vislumbramos tal como la sentimos.

La costumbre de pensar en las cosas y afirmarlas como quisiéramos que fuesen o como deben ser, da el convencimiento de que nada bueno ha de faltarnos, porque somos hijos de Dios. Hemos de mantener de continuo en nuestra mente el ideal de *cómo* quisiéramos ser. Si alimentamos pensamientos de vigor y robustez, al instante sofocaremos toda imagen de flaqueza y morbosidad. No os detengáis jamás a lamentaros de vuestras debilidades, deficiencias o fracasos. Mantened firme-

mente el *ideal* y recibiréis valioso auxilio en vuestra denodada lucha por realizarlo.

Mucho tiene logrado quien posee el hábito de esperar y creer que se han de cumplir sus anhelos y realizarse sus sueños; y quien sepa mantenerlo, suceda cuanto quiera, acabará por vencer y lograr la apetecida felicidad.

Nada tan valedero como esta optimista y esperanzada actitud mental que siempre confía en lo mejor y más dichoso, sin entregarse jamás al pesimismo ni caer en el desaliento.

Creed firmemente que haréis cuanto os propongáis hacer, sin dudar ni por un instante del cumplimiento de vuestra obra; y si acaso os asalta la duda, al punto rechazadla de la mente. Repeled todo pensamiento hostil y toda disposición desalentadora que puedan sugeriros ideas de fracaso e infortunio.

En cuanto os propongáis hacer o queráis ser, adoptad siempre una actitud esperanzada y optimista con relación a vuestro objeto, y os sorprenderá ver cómo se intensifican vuestras facultades y se vigoriza vuestra voluntad.

Cuando la mente ha contraído ya el hábito de forjar imágenes de prosperidad y dicha, no será fácil que caiga en el opuesto vicio. Si a los niños se les acostumbra a levantar siempre el pensamiento, muy luego veríamos en altísimo grado el nivel de la civilización y mejorada en extremo nuestra conducta. Una mente así educada estaría en perpetua condición de utilizar su potencia máxima y sobreponerse a la discordancia, la animosidad y demás enemigos de nuestra paz y bienestar.

El mejor capital para emprender el negocio de la vida, es el habitual pensamiento de que todo ha de sucedernos de conformidad con nuestros legítimos anhelos y que hemos de cumplir alguna obra útil en su transcurso.

Así estaremos en camino de realizar lo que persistentemente nos representamos, aunque nos parezca improbable y aun imposible. Si de continuo imaginamos el ideal, lo que quisiéramos tener en nuestra vida, ya robusta salud, noble carácter o brillante posición, nos será mucho más fácil lograrlo si nos lo representamos en la mente con la mayor viveza posible y ponemos de nuestra parte los medios necesarios para llegar al fin.

Muchas gentes dejan morir sus anhelos y aspiraciones, sin percatarse de que la intensidad y persistencia del anhelo acrecientan su poder para realizarlo. El constante esfuerzo en mantener vivas las ansias aumenta la capacidad de plasmar la imagen mental; pero se desvanecerá inútilmente toda aspiración que no vaya acompañada del necesario esfuerzo para lograrla. Tan sólo es efectivo el anhelo cuando cristaliza en resolución.

Continuamente estamos fortaleciendo o debilitando nuestra potencia anímica, según la calidad e índole de nuestros pensamientos, emociones e ideales.

Pensemos y digamos únicamente lo que anhelemos realizar, porque quienes de continuo se lamentan de su mala suerte, deploran su infortunio y creen que jamás podrán salir de la miseria y la pobreza, poco se figuran que, al representarse estos sombríos cuadros enemigos de su dicha, los van grabando más y más profundamente en su conciencia, de modo que tomen

realidad en su vida. Por el contrario, nunca hemos de creer que somos débiles o estamos enfermos, *a menos que deseemos experimentar estas condiciones*, porque pensar en ellas equivale a provocarlas. Nuestro bienestar moral es producto de nuestros pensamientos.

Si deseáis progresar en determinada cualidad, representáosla tan vívidamente como podáis y sostenedla firmemente como ideal que habéis de conseguir. Pensando sin cesar en dicha cualidad hasta que la sintáis asimilada a vuestra conducta, la naturaleza inferior irá desprendiéndose de sus flaquezas, vicios, errores e imperfecciones para identificarse con la superior y lograréis vuestro completo enaltecimiento.

La conducta es la actualización del ideal, y así cabe colegir el carácter de un hombre de los ideales que sustenta, pues nuestros ideales influyen poderosamente en la formación del carácter y nuestros habituales anhelos se reflejan en el rostro sin que podamos disimular por mucho tiempo los pensamientos que anidan en nuestra mente.

Educimos la cualidad correspondiente al pensamiento, emoción, anhelo o ideal que más vigorosamente mantenemos; y, por lo tanto, hemos de realzar y ennoblecer todo cuanto exista en nosotros.

Alcemos la mente y resolvamos que jamás caeremos en bajeza de pensamientos y acciones. Cuanto hagamos ha de llevar el sello de la excelencia.

Esta dilatación de la mentalidad hacia elevados ideales y heroicas acciones, influye poderosamente en el ascenso de nuestra conducta a superior nivel. Vivimos

de esperanzas y nos sostiene la fe intuitiva, capaz de ver lo que no ven los ojos corporales.

La fe bosqueja la imagen en substancia plástica y nos anticipa su realización. Formidable aliento nos presta la firmísima fe en lo que ha de sucedernos, y así hemos de establecer nuestras esperanzas en la misma dirección del propósito de nuestra vida. El pensamiento concentrado opera los mayores prodigios de la civilización. Hemos de vivir siempre con la esperanza de mejores cosas, con el convencimiento de que algo grande y hermoso nos aguarda, si con acierto nos esforzamos en conseguirlo y mantenemos nuestra mente en condiciones creadoras. Hemos de tener el convencimiento de que continuamente estamos progresando hacia algo más alto y mejor en cada átomo de nuestro ser.

Muchas gentes creen peligroso fomentar sus facultades imaginativas, temerosas de chocar con la realidad de la vida; pero precisamente estas facultades son tan nobles como las demás y las recibimos para emplearlas en el divino propósito de vislumbrar intangibles realidades, pues nos capacitan para vivir en el ideal, aun cuando nos rodee inhospitalario o desagradable ambiente.

La potencia imaginativa nos da indicios de las gloriosas realidades que nos esperan en el más allá, y de por sí prueba nuestras ulteriores posibilidades.

Ya no hemos de considerar como ocioso y estéril pasatiempo lo que se llama hacer castillos en el aire, porque verdaderamente nos es preciso edificar castillos en nuestra conciencia y planearlos con todos sus pormenores

en nuestro anhelo, antes de echar los cimientos de su realidad.

La sana imaginación es creadora y transporta a la realidad nuestros anhelos y esperanzas. No fuera posible levantar un edificio, si el arquitecto no lo proyectara antes en su mente y lo viese con los ojos de la imaginación en todo su conjunto y hermosura.

Cuanto nos sucede en la vida nos lo forjamos de antemano en la imaginación; pero quedará en proyecto si no procuramos realizarlo con vigoroso esfuerzo, de la propia suerte que los planos del arquitecto se quedarían en el papel si los operarios no les diesen realidad tangible en la fábrica arquitectónica.

Soñadores han sido cuantos llevaron a cabo levantadas empresas, y el resultado de su labor estuvo siempre en justa proporción del ahinco, energía y persistencia con que fueron en pos de su ideal. Mantuvieron el sueño y lucharon hasta convertirlo en realidad. Así es que no hemos de renunciar a nuestros anhelos porque nos parezcan irrealizables, sino, por el contrario, sostenerlos tan tenazmente como podamos, sin consentir en que el aspecto prosaico de la vida oscurezca ni eclipse nuestro ideal. *Ocupémonos en lecturas que nos sirvan de alentador estímulo y nos representen el ejemplo de hombres que hicieron lo mismo que nosotros tratamos de hacer, y de cuyo éxito hemos de indagar el secreto.*

Antes de irnos a la cama, por la noche, debiéramos tener un rato de meditación a solas con nosotros mismos para pensar y soñar en los anhelos de nuestro corazón, sin asustarnos de que la mente imaginativa nos lleve

muy lejos en sus alas, pues "el hombre sin ideal languidece y muere".

La imaginación es don divino que se nos otorgó para vislumbrar las grandezas que nos están reservadas y alzarnos de la vileza a la nobleza, de condiciones térreamente embarazosas a condiciones ideales, para demostrarnos la posibilidad de realizarlas en la vida. Estos vislumbres de la gloria han de servirnos para no desmayar en nuestros fracasos y desengaños.

Desde luego que no se trata aquí de pasionales deseos, miras ambiciosas, propósitos egoístas ni quimeras fantásticas, sino de los legítimos anhelos y ansias divinas del alma, que constantemente nos recuerdan la posibilidad de sublimar nuestra vida y elevarla hasta el ideal, no obstante lo ingrato y doloroso de las circunstancias en que nos veamos.

Dios alienta en nuestros legítimos anhelos por la realización del ideal y la actitud de nuestra mente. Las ansias de nuestro corazón son la perfecta plegaria a que Dios responde con las obras de la naturaleza. Todos sentimos que en el camino de la vida nos acompaña un divino mensajero que nos protege y guía y responde a nuestras preguntas. Nadie se verá escarnecido por un anhelo de imposible realización, pues si perseverantemente orienta su pensamiento hacia el ideal y honradamente se esfuerza en alcanzarlo, lo alcanzará, o por lo menos se acercará mucho a él.

Es maravilloso el poder creador que resulta de enfocar constantemente el pensamiento en el objeto de nuestros anhelos, pues tonifica sin cesar nuestras facultades,

acrecenta nuestra capacidad y favorece la realización de nuestros sueños. La naturaleza no nos negará jamás nada de lo que le pidamos, con tal que por ello paguemos el precio fijamente establecido. Nuestros pensamientos son como raíces etéreas que se extienden en todas direcciones por el océano de energía cósmica, y levantan vibraciones de su misma tónica para atraer elementos afines a nuestros anhelos. El ave no volará hacia el sur sin viento del mismo cuadrante que favorezca su vuelo, ni Dios hubiera puesto en nuestro corazón el ardiente anhelo de más alta y completa vida, sin darnos al propio tiempo la plena posibilidad de realizarla.

En el reino vegetal se abren las flores y maduran los frutos antes de que el invierno, con su helado soplo, mate las yemas. Así también ni uno solo de los centenares de millones de seres humanos ha llegado a su completa madurez cuando le sobreviene la muerte. Aun los hombres de más eminentes cualidades, los colosos de la raza, al término de una vida completamente aprovechada, reconocen que sólo son brotes humanos en el primer período de florecimiento.

Pero no siempre ha de ser así. Las analogías nos enseñan que la humana vida tendrá favorable ocasión de florecer y fructificar en toda plenitud, de suerte que nada estorbe su acabadísima expresión. Si no abandonamos nuestro ideal, llegará día en que se vean cumplidos nuestros propósitos y florezcan nuestros anhelos y fructifiquen nuestras aspiraciones.

Todo hombre entraña en sí el germen de la perfec-

ción; y si en esta perfección enfocáramos nuestra mente con sostenida perseverancia, cumpliríamos el divino mandato: *sed perfectos como el Padre que está en los cielos lo es.*

CAPÍTULO II

DICHA Y ÉXITO

Quien piensa en la enfermedad, la pobreza y la desgracia, topará con ellas y caerá en sus garras. Pero, ignorante de la estrecha relación entre el pensamiento y sus efectos, achacará a la fatalidad cuanto le suceda, sin reconocer sus propios engendros.

La pobreza es el infierno más temido por los ingleses de hoy. CARLYLE.

La pobreza es un infierno cuyas abiertas fauces bostezan tras la civilización. ENRIQUE GEORGE.

La riqueza se ha de labrar primero con la mente.

La corriente de abundancia no fluirá hacia el pensamiento mezquino, ruin y desconfiado.

Quien mantiene pensamientos de pobreza se pone en contacto con las condiciones que la engendran.

A menos que no pueda remediarlo, ningún hombre tiene derecho a permanecer sujeto a condiciones embarazosas y deprimentes de su legítima ambición. Su dignidad le exige substraerse a semejante ambiente y su deber es colocarse en posición decorosa e independiente,